

LA INTERACCIÓN DE LOS CUERPOS EN EL ESPACIO

POR: PEDRO CERVANTES

Escribí estas obras sobre mi hambre, hambre de ver, de hacer y de tocar. Dicen que cuando un hombre muere le tienen que cerrar los ojos, pues hasta el final conserva el deseo de ver algo más o a alguien más.

Espero que lo que pienso, lo que dio y lo que hago sean congruentes entre sí. El hablar de lo que nos obsesiona y apasiona es desnudarse. Algunas veces han querido conocer mi alma, empiezo por mostrar mi cuerpo, a veces huyen cuando me desnudo. Espero que hoy no se vayan.

Me es más fácil hacer que decir. Hoy quiero decir algo de mi quehacer. El sustantivo femenino ha sido para mí siempre el centro: la vida, la escultura, la luz, la muerte, la mujer. Ahora la Academia. Aprendí que ni la tierra, ni la escultura, ni la vida, ni la mujer le pertenecen al hombre: nosotros pertenecemos a ellas, en el mejor de los casos, nos poseen.

Desde hoy, pertenezco a la Academia de Artes. Quiero no solamente pertenecerle sino interactuar con ella. No ser pasivo. Para mí, esta es una oportunidad.

Cuando tengo frente a mí el cuerpo femenino, lo toco con los ojos y al modelarlo, le pongo lo que creo que le falta y le quito lo que le sobra, lo formo como creo que debería de ser.

Hace tiempo, tuve frente a mí una joven hermosa, muy bien proporcionada pero muy delgada. La miré un buen rato... Ella comprendió que era bastante lo que tenía que agregarle y me dijo "Aquí hay poco pero hay". Y era cierto. Toda mujer es un templo, el templo de la sabiduría. Existen chozas, capillas y catedrales en las que no podemos penetrar sin amor y respeto y la conciencia de lo que tocamos. En la choza podremos descansar plácidamente; en las capillas cantar a capela, si sabemos cantar. Dar cátedra en la catedral, si podemos. Yo prefiero, de todos modos, de estos templos el sabor que el saber.

Nacemos de mujer: Yo, hijo de mujer; condenado al vacío exterior al nacer; requiero que una terrígena me libre del vacío en su cuerpo antes de volver a la tierra otra vez.

Nombro a esta serie de obras que integran la exposición, *La interacción de los cuerpos en el vacío*. En mi trabajo, interactúo con la materia.

Trato de tocar a alguien a través de algo. Y sé que no se puede tocar impunemente: no es lo mismo tocar que manosear. Quiero que al tocar cada escultura, el espectador interactúe con ella.

En relación con el acto de tocar; escribí: "Yo te toqué con los ojos. Tú, con la ausencia. Tu imagen está en mí. Nunca estaré solo."

Otra de mis obsesiones es la luz. Dicen que después de trabajar una forma, cuando creemos haberla terminado, hay que sacarla al sol ver si no se deshace con la luz. En

mi repaso vital escribí: “Virgen de medianoche, protégeme, líbrame del vacío, déjame penetrar en la luz de tu misterio, amén”. También en relación con la luz, digo: “Con la nueva luz, comienzo cada día, incidiendo intermitentemente, variando el ritmo, golpe a golpe, sueño a sueño, muerte a muerte, vivo. Yo, que cada día me reconstruyo dibujando mi silueta en el aire para no desaparecer; te digo: si puedo tocar tu luz o tu sombra, estaré agradecido, pues tú me tocaste para siempre. Agradezco tu luz que me ilumina, pero no me deslumbres, porque cierro los ojos. Un día quise suprimir los veinte centímetros de luz que separaban nuestros cuerpos. Dijiste no. Te lo agradeceré siempre”.

La escultura es la materialización de un sueño. Hacer palpable y tangible lo que pensamos, y también es jugar con opuestos: Espacio-materia. Luz-sombra. Cóncavo-convexo.

El proceso es para mí muy importante, y padezco y disfruto muchas veces más el camino que el resultado. No es lo mismo vivir de la escultura que vivir para la escultura. Quizá logre alguna vez ese triángulo amoroso entre el escultor, la obra y el observador. Cuando formo y transformo un material, también me estoy formando y transformando yo mismo.

Nunca tuve un profesor de escultura. No tomé clases con nadie. Venturosamente, encontré maestros con quienes dialogué acerca del oficio más difícil: la vida. Fue mi privilegio conocer al maestro Ignacio Asúnsolo, al maestro Germán Cueto y al maestro don Luis Ortiz Monasterio, a quienes la escultura mexicana debe mucho, y con quienes dialogué y aprendí. El maestro Ortiz Monasterio, antes de morir, me dijo: “Te voy a proponer para la Academia”. Yo no sabía qué era eso. Ahora tampoco. Él fue quien me propuso hace más de 20 años. Conocí al maestro Francisco Zúñiga cuando expuse en el Museo de Arte Moderno. Me honra el ocupar su silla en la Academia, volver a estrechar la mano de un artista que supo enfrentarse a la materia: la piedra, el mármol, el barro, el yeso directo, que lo llevaron a crear rotundas formas, siempre con un gran amor al ser humano.

En la coexistencia de los opuestos, a veces en el defecto está la virtud y en la carencia la posibilidad. En los años cincuenta, no tenía medios para fundir en bronce y quería hacer escultura. Entonces comencé a trabajar con desechos industriales, transformándolos, reciclándolos, uniéndolos por medio de soldadura.

Así aprendí este oficio e inicié mi relación del arte con la industria. Una sola máquina produce muchas partes. Yo, con muchas partes hago solamente una escultura. En los deshuesaderos de automóviles encontré “mis defensas” y trabajé con los materiales producidos por la industria. Con técnicas industriales también: la soldadura eléctrica y autógena.

Inicio mi trabajo con hierro forjado. Recuerdo que de niño, en los años cuarenta, mi aprendizaje del diseño fueron los cambios de forma de los autos, que cada año se transformaban. Y se hacían más aerodinámicos. Posteriormente, las defensas de los Cadillac se convirtieron en senos y alas. En 1968, en la exposición *Solar*, en Bellas Artes, gané el premio de adquisición con mi escultura *Ícaro*, hecha totalmente con defensas cromadas unidas con soldadura, y que ahora forman parte del acervo del Museo de Arte Moderno. En este mismo recinto están también, hechas por mí con defensas de auto, *Parábola* y *Epiclisode*. Ahora, las defensas de los autos son de plástico.

Además de trabajar con los materiales producidos en serie como la placa y la vigueta de acero, me ha interesado hacer esculturas monumentales tales como *Prometeo*, un bronce de ocho metros de altura, en 1964. En 1974 realicé *El águila en la serpiente*, relieve de aluminio con incrustaciones en acero cromado, de 12 metros por 2.50 de altura; en 1976, en el Colegio de Arquitectos, *Los cuatro puntos cardinales*, relieve mural integrado al edificio de la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, de concreto con grano de mármol. Los ocho paños murales que conforman esta obra hacen un total de 600 metros cuadrados. En 1978, *Reflexiones de acero*, que es un relieve mural en placas de distintos espesores sobre un espejo de acero inoxidable. En 1980, *Sinusoidal*, escultura urbana en placas de acero de 4 metros de altura por 3 metros de ancho y 8 metros de largo, en Toluca, Estado de México. En ese mismo año, *Intraforma*, con pla-

cas de acero policromadas, y en 1981, *El sol*, escultura de concreto de 20 metros de altura en el Centro Ceremonial Otomí en Temoaya, Estado de México. En 1982, *Sol Negro*, escultura móvil realizada en placa de acero policromado. En 1991, *Reja escultórica*, realizada con partes de producción industrial de 2.55 metros de altura por 8 metros de largo en Jilotepec, Estado de México. Ese mismo año, *Elementos rituales*, en acero soldado, en el templo "Ramat Shalom" de la Ciudad de México. En 1992, *El vuelo es la penetración del espacio*, relieve de bronce. El año 2000, *Milenio*, cabeza de caballo de bronce de 2.30 metros de altura. *Caracol de viento*, también en el año 2000, con placa de acero policromada de 2.50 por 3 por 1.50 metros, en el parque escultórico de Isla Mujeres en Quintana Roo. En 2002, *Bridón*, escultura móvil de bronce de 1.90 por 2.60 por 0.60 metros, pieza central de esta exposición, colocada en el patio oval del Museo Nacional de San Carlos.

Mi vocación por la forja de hierro nació cuando mi abuela paterna, doña Leonarda Ríos de Cervantes, me regaló una herradura de "Catador", un semental retinto que, según me dijo fue muy ligero y padreó muchos potros. Yo tenía cinco años, desde entonces nació en mi la inclinación por el hierro como materia prima del arte tridimensional.

Aquella herradura no sólo me trajo suerte, también me condujo a una técnica escultórica que requiere fuerza, sudor y fuego para su realización. Actualmente traigo esta herradura en mi mano derecha.

Desde muy niño quería yo tener un caballo, como eso no me era posible modelé un caballito de barro; esto fue el principio de mi vocación por la escultura y los caballos. Ahora, los cuerpos femeninos que forjo se parecen a la mujer que me gusta, o mi ideal femenino se parece a mi escultura.

En mis relieves murales y esculturas monumentales manejo formas orgánicas relacionadas con la música; juego con ritmos, armonía, contrapunto, consonancias y disonancias.

La escultura urbana, además de ser un punto de referencia en la ciudad, tiene que fomentar la imaginación creativa de la gente y enriquecer el espacio. Ahora estoy trabajando en piezas de pequeño formato de plata bruñida, en dónde se refleja el espectador, que puede transformarlas al mover las partes que la conforman, mismas que tienen una relación armónica entre sí, y cada una de ellas con el todo.

En 1974, expuse individualmente en la Sala Nacional del Palacio de Bellas Artes la muestra *Formas conjugadas*, donde incluí el relieve del Colegio de Arquitectos y versiones en acero cromado y partes automotrices de Venus de Tlatilco y Quetzalcóatl. El arquitecto Luis Ortiz Macedo, entonces director del Instituto Nacional de Bellas Artes, me invitó a exponer en ese recinto como un acto de fe en mi trabajo.

Mi oficio y mi profesión son la herrería. Esta también es un acto de fe porque puedo creer en lo que no veo, y a veces puedo ver lo que creí.

Ahora soy un herrero en la Academia de Artes... por que yo soy escultor herrero, no cantero. El que talla la piedra deshecha lo sobrante, y su labor transcurre de afuera hacia adentro. Yo, por el contrario, voy del centro hacia la superficie. Al conformar la escultura, juego con los huecos, los espacios interiores, trabajando parte por parte.

Me entusiasma ofrecer cualidades aéreas a partir de los golpes del martillo en la forja.

Cuando puedo dar algo y es bien recibido, lo agradezco. Gracias.

PEDRO CERVANTES

3 de Octubre del 2002